

**MÁS OSCURO
DE LO QUE PENSÁIS**

Jack Williamson



El profesor Mondrick trajo las pruebas de ello desde lo más oscuro de Asia... pero Algo le silenció para siempre antes de que pudiera revelarlo.

La mujer de Mondrick y sus tres discípulos continuaron su cruzada... pero Algo apuñaló a tres de ellos y marcó al otro como asesino.

El periodista Will Barbee estaba aterrorizado porque él sabía que era ese Algo... y que formaba parte de él.

CAPÍTULO I

La chica de las pieles blancas

Will Barbee esperaba ante el último edificio, de cristal y estuco, del nuevo aeropuerto municipal de Clarendon. Lleno de esperanza, escudriñaba el cielo plomizo, cuando ella se acercó.

De no ser por las húmedas ráfagas del viento del este, no había motivo para temblar de repente y apretar los dientes. La chica era tan limpia, tan fresca y tan bella como un frigorífico de líneas aerodinámicas. Además, tenía una cabellera esplendorosa, roja como el fuego. Y un rostro, blanco, dulce y serio a la vez, que confirmó la primera impresión que le había deslumbrado: aquella chica era un ser muy raro y maravilloso. Sus miradas se encontraron. Ella tenía la boca un poco grande, pero sonreía de un modo muy simpático.

Conteniendo la respiración, Barbee la observó con más atención. Efectivamente, sus risueños ojos eran verdes. Pero ¿por qué le habían producido como un temblor de inquietud? De pronto sintió hacia ella una atracción no menos ilógica. La vida había vuelto a Barbee ligeramente cínicco con respecto a las mujeres y le gustaba creerse totalmente inmunizado en lo que a ellas concernía.

El traje de tela de gabardina verde era elegante y severo y había sido ingeniosamente escogido, con el fin de hacer resaltar el color de los ojos. Para defenderse del frío y del viento de aquella brumosa tarde de octubre, llevaba un abrigo corto de piel blanca. «De lobo ártico, pensó Barbee, tal vez albino.»

Pero lo que no se esperaba era el gatito.

La chica llevaba un bolso de piel de serpiente, abierto, por donde el gatito sacaba la cabeza, feliz de existir. Era un

precioso gatito negro y llevaba una cinta de seda roja alrededor del cuello.

Delicioso cuadro, en verdad. Solamente parecía fuera de lugar el gato, que cerraba los ojos al espectáculo de luces que se acercaban en el cielo crepuscular. La chica de las pieles blancas no parecía de esas que dan grititos de placer ante estos animales. Daba la impresión de ser una elegante mujercita de negocios, que no tenía absolutamente nada que ver ni aun con el más delicioso de los gatos.

Pero ¿cómo era posible que ella le conociera? Clarendon no era una gran ciudad y los periodistas se mueven mucho. Una pelirroja como ésta no se olvida fácilmente. La miró otra vez para comprobar si su extraña mirada estaba realmente fija en él, y sí lo estaba.

—¿Barbee? —le preguntó ella.

—Will Barbee, efectivamente; reportero de servicio de *La Estrella de Clarendon*.

Y más interesado que nunca, empezó a ampliar detalles sobre el particular. Acaso Barbee quisiera averiguar qué le había hecho temblar hacía un momento. De todas formas, lo que no quería era verla marcharse.

—Sí —continuó Barbee—, mi redactor-jefe quiere que mate dos pájaros de un tiro. En primer lugar, el coronel Walraven. Lleva veinte años sin ponerse el uniforme, pero le sigue gustando su grado y su tratamiento. Acaba de dejar un trabajo muy cómodo que tenía en las oficinas de Washington y vuelve a su pueblo para presentarse al Senado. Y, sin embargo, poca cosa tendrá que decir a los periodistas antes de haber visto a Preston Troy.

Ella seguía escuchando. El gatito bostezaba mientras se iluminaban los reflectores. Un grupito de amigos y familiares esperaba tras las barreras. El personal, vestido de blanco, se disponía a recibir al avión. Pero los fascinantes ojos verdes permanecían fijos sobre Barbee y la mágica voz murmuró:

—Y el otro pájaro que tiene usted que matar del mismo tiro ¿quién es?

—Nada menos —explicó Barbee— que el doctor Lamarck Mondrick, el factótum de la Fundación de Investigaciones Humanas de la Universidad. Se le espera esta noche a bordo de un avión especial que viene de la costa oeste, en compañía de otros miembros de su expedición. Vuelven del desierto de Gobi, pero... seguramente está usted al corriente del asunto.

—No —dijo ella—. ¿Quiénes son? —algo había en la voz de la chica de la piel de lobo que aceleró el pulso de Barbee.

—Son arqueólogos —le explicó—. Hicieron excavaciones en Mongolia antes de la guerra. Cuando el armisticio de los japoneses hubo que hacer muchísimas gestiones para que pudieran volver allí. Sam Quain, el brazo derecho de Mondrick, cumplió no sé qué misión en China durante la guerra, y se sabía todos los trucos. Yo no sé con exactitud lo que han ido a buscar allí, pero debe de ser algo muy especial...

Ella pareció interesada y Barbee continuó.

—...Sí, son los chicos del pueblo que regresan esta noche después de dos años de aventuras con ejércitos, bandidos, tormentas de arena y escorpiones, en el último rincón de Mongolia. Existe la opinión de que lo que traen va a revolucionar el mundo de la arqueología.

—Y ¿qué será?

—Precisamente por eso estoy aquí; para descubrirlo.

Barbee la estudió, intrigado, con sus ojos grises. El gato negro parpadeaba feliz. No había nada en ella que justificara la inquietud que había sentido hace un momento. En sus ojos verdes permanecía la misma sonrisa reservada, impersonal, y él deseaba con toda su alma que no se fuera. Con el corazón acelerado le preguntó:

—¿La conozco a usted?

—Soy de la competencia —contestó, y de repente le pareció más próxima, con una nota más cálida en la voz—. Sí, yo soy April Bell, de *El Faro de Clarendon* —le enseñó un pequeño carnet negro que llevaba escondido en la mano izquierda—. Y me han aconsejado que no me fíe de usted, Will Barbee.

—¡Vaya! —sonrió él y, señalando con la cabeza la fachada de cristal del aeropuerto, añadió—: Pensaba que acababa usted de aterrizar y que estaba esperando otro avión con destino a Hollywood o Broadway. No me creo realmente que pertenezca a *El Faro* —miró su melena color de fuego, movió la cabeza y le dijo halagador—: ¡La habría visto más veces!

—Soy nueva. Tengo mi título de periodista desde este verano. El lunes pasado empecé en *El Faro*, y éste es mi primer reportaje. Debo ser una perfecta desconocida en Clarendon. Nací aquí, pero nos fuimos a California cuando yo era pequeñita —sus blancos dientes brillaron en su rostro bello e inocente—. Sí, soy nueva en el oficio y me gustaría infinitamente tener éxito en *El Faro* con un buen artículo sobre esa expedición de Mondrick. ¡Es todo tan enigmático y extraño! Es que yo en la escuela he aprendido tan poco que tengo miedo. ¿Le molestaría mucho, Barbee, que le preguntara algunas cosas? Desde luego que serán preguntas muy simples.

Barbee admiraba los dientes de la chica, dientes regulares y fuertes, blanquísimos, de esos que exhiben ciertas señoras despampanantes, capaces de triturar huesos crudos en los anuncios de crema dental. Y Barbee no pudo evitar imaginarse el fascinante espectáculo de April Bell masticando un hueso rojo de sangre.

—¿De verdad que no le causaría molestias?

Barbee se tragó sus fantasías y volvió en sí. Sonrió a la chica. Comenzaba a comprender. Ella era novata en la profesión, carecía de experiencia en el juego del periodismo, pero era maligna como Lilith. El gatito era un accesorio

destinado a completar el tierno cuadro de la femineidad indefensa, destinado a romper toda resistencia masculina que sus deliciosos ojos y su devastadora melena no hubieran podido reducir aún a su merced.

—Escuche, jovencita —le dijo tan severamente como pudo—. Somos de la competencia —y añadió con el mismo tono gruñón—: Por otra parte, no es posible que usted se llame verdaderamente *campana de abril*.

—Bueno, me llamo Susana, pero April quedará mucho mejor al pie de mi artículo sobre la expedición Mondrick... Si me hace el favor, a propósito de esa expedición, el doctor Mondrick debe ser alguien muy importante para que todos los periódicos quieran hablar de él.

—Sí, es un asunto interesante —dijo Barbee—. La expedición sólo consta de cuatro personas. Estoy seguro de que han visto muchos países. Sólo llegar al terreno de las excavaciones ya es una aventura. ¡Y poder regresar en una época como ésta! Sam Quain tiene amigos chinos, seguramente le han ayudado.

La minúscula estilográfica de la chica de la piel de lobo corría sobre el papel. La graciosa agilidad de sus manos blancas le hizo pensar, curiosamente, en una criatura salvaje, desenfadada, indómita.

—Amigos chinos... —murmuraba ella, escribiendo interesadamente—. Y ¿usted no tiene, realmente, idea de lo que han descubierto?

—¡Ni la menor idea! No. Es un secreto de la Fundación de Investigaciones Humanas, que ha telefoneado esta tarde a *La Estrella* para contarnos lo del avión *charter* y de la hora. El de la Fundación solamente nos ha dicho que Mondrick tenía que darnos una noticia sensacional. Una gran e importante declaración científica. Él hubiera querido que vieran fotógrafos y un colaborador científico, pero a *La Estrella* no le interesa mucho la ciencia si no es divertida. Conque aquí me tiene a mí, encargado a la vez del caso Walraven y de la expedición.

Mientras hablaba, Barbee intentaba acordarse del nombre del ser mitológico, fascinante y, seguramente, tan delicioso como April Bell. En el Mito, había tomado la desagradable costumbre de metamorfosear a los hombres en bestias inmundas. Pero ¿cómo se llamaba?... ¿Circe?

Barbee estaba seguro de no haber pronunciado este nombre en voz alta e inteligible. Pero una palabra escapada distraídamente de los rojos labios de la chica, un destello de divertida malicia en su mirada, le dieron la fugaz impresión de que sí lo debía de haber pronunciado, aunque ni siquiera él sabía a ciencia cierta qué le había hecho pensar en aquella bruja.

Sí, él trataba de estar a la altura de las circunstancias. Había leído un poco a Freud y otro poco a Menninger, había hojeado *La Rama Dorada* de Frazer. Sabía que el simbolismo de este tipo de relatos folklóricos expresaba los miedos y esperanzas del hombre primitivo, y esta imagen mágica que acababa de surgir en su mente debía corresponder a alguna preocupación inconsciente. Exactamente lo que él deseaba ignorar.

Entonces se rió bruscamente y declaró:

—Mire, le diré todo lo que sepa, aunque es muy probable que me cueste el puesto cuando Preston Troy lea su artículo en *El Faro*. O ¿prefiere usted que se lo escriba yo mismo?

—Mí taquigrafía es excelente. Muchas gracias.

—Bien; vamos allá: el doctor Mondrick es un antropólogo de talla internacional, fue profesor en la Universidad de Clarendon hasta que dimitió hace ya diez años. La dimisión se la concedieron para permitirle dedicarse a su Fundación. No es especialista en un solo campo ni hombre de una sola dimensión. Cualquiera de sus colaboradores se lo puede decir. Sencillamente, es uno de los primeros sabios contemporáneos en todo lo que respecta a conocimientos sobre el hombre. Es a la vez biólogo, sociólogo, arqueólogo y etnó-

logo. Parece conocer absolutamente todo lo tocante a su tema favorito: la Humanidad.

»Mondrick es el gran jefe de la Fundación. Es el que recauda fondos y los gasta, y apenas da publicidad a los trabajos que emprende. Ha dirigido tres expediciones al desierto de Gobi antes del armisticio. Y después del armisticio le ha faltado tiempo para volver otra vez. Las excavaciones están situadas en la región de Ala-Shan, en el sudeste del Gobi, que es el desierto más seco, más peligroso y ardiente que se pueda imaginar.

—¡Oh, continúe! —dijo la chica con la pluma levantada sobre el minúsculo bloc—. ¿Y usted no tiene la menor idea de lo que buscan?

—¡Ya le dije que no! En eso estamos empatados. Que gane el mejor —Barbee sonrió—. Sea lo que fuere, la búsqueda dura ya veinte años. En realidad, Mondrick organizó su Fundación para poder dedicarse a ello. Es la obra de su vida, ¡y la obra de la vida de un hombre como él debe ser muy importante!

El grupito de los que esperaban se agitó tras la barrera. Un niño señalaba el cielo.

—Las seis menos veinte —dijo Barbee—. Éste debe ser el avión de Mondrick, pues no hay ningún vuelo regular hasta las seis.

—¿Ya? —dijo ella con los ojos brillantes y la respiración entrecortada, como el niño que levantaba el dedo al cielo. Pero ella miraba a Barbee, no a las nubes—. ¿Conoce usted a los otros, a los que acompañan a Mondrick?

Una ola de recuerdos retardó la respuesta de Barbee. Volvió a ver los tres rostros, antaño familiares, y el murmullo de la gente se convirtió en el eco obsesivo de voces conocidas que surgían de más allá de los años.

Asintió no sin tristeza:

—Sí, los conozco.

—¡Ah! Pues dígame.

La clara voz de April Bell interrumpió su breve ensoñación. La chica esperaba pluma en ristre. Él sabía muy bien que no era posible pasar toda su documentación a una competidora de *El Faro*, pero el fuego de su cabellera y la oscura vehemencia de sus ojos extrañamente rasgados le hicieron cambiar de opinión.

—Los tres muchachos que volvieron a Mongolia con Mondrick en 1945 son Sam Quain, Nick Spivak y Rex Chittum. Son amigos míos de toda la vida. Empezamos juntos en la facultad en los tiempos en que Mondrick aún daba clases aquí. Durante dos años, Sam y yo vivimos en casa de Mondrick y, después, los cuatro nos alojamos juntos en una residencia del *campus*. Todos seguíamos las clases de Mondrick, y, después... Bueno, pero...

Barbee se interrumpió en balbuceos extraños. Un antiguo dolor resucitado le producía un nudo en la garganta.

—Continúe —dijo April, y el brillo de su sonrisa le hizo continuar.

—Mondrick había comenzado ya a reunir su equipo. Seguramente soñaba ya con la Fundación, aunque, de hecho, debió organizarla después de que me gradué yo. Sí, creo que él escogía a sus hombres para entrenarlos, para formarlos con vistas a la expedición al Gobi, ¡pero vaya usted a saber lo que han ido a buscar allí!

Algo le hizo tragar saliva dolorosamente.

—Sea lo que fuere —continuó—, nosotros seguimos todas sus clases de lo que él llamaba *ciencias humanas*. Le rendíamos un verdadero culto. Por su parte él nos proporcionaba becas, nos daba toda la ayuda posible y, en verano, nos llevaba en sus viajes de investigaciones sobre el terreno, a América Central o al Perú.

Los ojos de la chica de las pieles blancas tenían una penetración hipnotizante.

—¿Y entonces, qué pasó, Barbee?

—De alguna manera se me dio de lado. Nunca he sabido exactamente por qué, pues tenía tanto interés como los

demás. Adoraba ese trabajo y además sacaba mejores notas que Sam. Hubiera dado mi brazo derecho por seguir con ellos cuando Mondrick creó la Fundación y les llevó a la primera campaña de excavaciones en el desierto de Gobi.

—Y ¿qué sucedió? —preguntó ella implacable.

—Nunca lo he sabido a ciencia cierta... De pronto, Mondrick se puso contra mí. Nunca supe por qué. Al final de nuestro último año de estudios, Mondrick nos hizo análisis y comprobó nuestro grupo sanguíneo ante la nueva campaña de excavaciones. Un día me llamó a su laboratorio y me anunció que yo no partiría con los otros.

—Pero, ¿por qué? —preguntó ella con un suspiro—. ¿Por qué?

—No quiso decirlo... Claro, bien sabía él que para mí era un golpe terrible, pero no quiso darme explicaciones. Se le veía muy serio, como si la cosa le hubiera contrariado tanto como a mí, y me prometió ayudarme a encontrar un trabajo que me gustara. De esta forma comencé a trabajar en *La Estrella de Clarendon*.

—¿Y sus amigos se fueron a Mongolia?

—Sí, ese mismo verano. Con la primera expedición de la Fundación Mondrick.

—Pero ustedes siguieron siendo amigos, ¿no?

—Sí, claro, seguimos tan amigos. Yo puedo guardar rencor al viejo por no decirme el motivo por el que prescindía de mí, pero nunca me peleé con Sam, Nick ni Rex. Ellos no han cambiado. Somos los de siempre cuando nos volvemos a juntar. No sé si Mondrick les ha dicho por qué me puso en la calle. A mí nunca me han hablado de ello.

Barbee miraba a lo lejos, más allá de la resplandeciente melena de la chica. El helado cielo de plomo vibró en ese momento con el retumbar de los motores de un avión que aún no se distinguía.

—No —continuó Barbee—. Ellos no han cambiado, pero está claro que la vida nos ha separado. Mondrick ha hecho de ellos especialistas en diferentes ciencias humanas

para que pudieran servirle en sus misteriosas investigaciones en Ala-Shan. Y, ahora, ellos ya no tienen tiempo para mí... Pero, dígame, señorita Bell, ¿cómo ha sabido usted mi nombre?

—Tal vez sólo haya sido una corazonada.

Barbee volvió a sentir un escalofrío. Sabía que él mismo tenía lo que él llamaba *olfato*: una especie de percepción intuitiva de los acontecimientos y de los motivos de las cosas. No era ésta una facultad que él pudiera analizar o explicar, pero sabía que era habitual en él. Casi todos los reporteros estaban dotados de esta cualidad. Al menos él estaba persuadido de ello, aunque tenía la prudencia de negarlo en una época escéptica para todo, excepto para el materialismo más mecanicista.

Este oscuro sentido le había sido útil cuando hacía viajes científicos durante las vacaciones, antes de que Mondrick le apartara de su grupo. Gracias a él, había sido capaz de señalar el emplazamiento de algún yacimiento prehistórico, sencillamente porque, sin saber cómo, de pronto sabía dónde una horda de cazadores salvajes había preferido fijar su campamento o cavar la tumba de uno de los suyos caído frente al enemigo.

Sin embargo, en tiempo normal, este don le había producido más disgustos que ventajas. Por su causa, era demasiado sensible a todo lo que se pensaba y hacía a su alrededor. De esta inquietud resultaba un sentimiento de continua alerta. Excepto cuando estaba borracho —bebía demasiado y sabía que muchísimos periodistas hacían lo mismo—. La culpa debía ser de esta sensibilidad especial.

Tal intuición podría explicar perfectamente el breve escalofrío que le había recorrido cuando descubrió a April Bell, aunque ahora sus rasgados ojos y su pelo de fuego no tuvieran nada de alarmante. La forma de adivinar su nombre tampoco debía inquietarle ahora demasiado. No debía dejarse llevar demasiado lejos.

Barbee sonrió e intentó calmarse. Sin duda alguna, el jefe de la chica la habría instruido con respecto al artículo que le había encargado. Y tampoco cabía duda de que ella tenía la costumbre de infligir a la gente el suplicio de Tántalo, desplegando su irresistible mezcla personal de candor —grandes ojos abiertos— y de astucia.

—Barbee, por favor, dígame quiénes son éstos.

Y le indicó un grupito que salía en fila india del edificio situado tras las barreras metálicas. Un joven delgado gesticulaba animadamente y señalaba el cielo. Un niño pequeño gritaba que quería ver, y su mamá lo alzaba como podía. Detrás venía una mujer ciega, conducida por un enorme perro pastor.

—Pero si usted tiene tan buenas corazonadas, ¿por qué me lo pregunta?

La chica rió y explicó:

—Perdón, Barbee, bien es verdad que acabo de llegar, pero tengo algunos viejos amigos en Clarendon, y mi redactor jefe me advirtió que usted había trabajado con Mondrick. Esa gente está ahí seguramente para dar la bienvenida a los miembros de la expedición. Estoy segura que los conoce. ¿Se les puede hablar?

—Si quiere, sí. Sígame.

Ella le cogió del brazo. Hasta el contacto con las pieles electrizaba. Decididamente, April Bell le había cautivado. Se había creído poco sensible a las mujeres, pero... La condujo a través del vestíbulo hasta los teletipos, donde el empleado respondió a su pregunta:

—Está llegando, Barbee. Aterrizaje sin visibilidad.

Aún no se veía nada.

—Entonces, Barbee, ¿quiénes son éstos? —preguntó la chica.

—La señora del perro, que está sola de pie y con gafas negras, es la esposa del doctor Mondrick. Una mujer adorable, deliciosa. Y, aunque ciega, es una excelente pianista. Somos buenos amigos desde que Sam Quain y yo vivíamos

en su casa cuando éramos estudiantes. Se la voy a presentar.

—De manera que ésta es Rowena Mondrick —murmuró ella—. ¡Y qué joyas más raras lleva!

Sorprendido, Barbee dirigió sus ojos a la señora Mondrick. Estaba muy erguida, muy sola, silenciosa, como fuera de lugar. Vestía de negro como siempre. Le bastó un momento para distinguir las joyas, pues las conocía muy bien. Con una sonrisa, se volvió a April Bell:

—¿Se refiere a esas joyas de plata?

Ella asintió con la cabeza mirando fijamente la maravillosa peineta de plata que sujetaba los espesos cabellos de Rowena Mondrick, el broche de plata prendido a su vestido, los pesados brazaletes y los anillos con que se adornaba los dedos, jóvenes y blancos, que sujetaban al perro pastor. Todo era de plata, hasta el collar del perro estaba profusamente claveteado en plata.

—Sí, puede resultar extraño; sin embargo, a mí nunca me ha dado esa impresión, porque Rowena adora la plata. Ella dice que le gusta el contacto frío de ese metal. Pero, ¿qué es lo que pasa? ¿No le gusta...?

—No —murmuró ella solemnemente—. No me gusta la plata. Perdona, he oído hablar mucho de Rowena Mondrick. Cuénteme algo.

—Creo que era enfermera de una clínica psiquiátrica en Glenhaven cuando conoció a Mondrick. Era una chica muy notable y debía estar muy bien. Mondrick la sacó de no sé qué desdichada historia de amor. No conozco más detalles. Y entonces ella se interesó por sus trabajos.

La joven no quitaba ojo a la señora Mondrick y escuchaba sin decir palabra.

—Ha seguido los cursos de su marido —continuó Barbee— y, actualmente, también ella es etnólogo. Le acompañó en sus expediciones hasta que perdió la vista. Después de esto se retiró y vive en Clarendon hará ya veinte años, con su música y algunos viejos amigos. No creo que

participe ya en las investigaciones de su marido. Aquí la gente piensa que es un poco rara... Me imagino que debió ser terrible.

—Cuenta, cuenta.

—Creo que estaban en África Occidental. El doctor Mondrick buscaba pruebas de que el hombre moderno proviene de allá. Esto ocurrió mucho antes de que hicieran los descubrimientos de Ala-Shan. Y Rowena aprovechó la ocasión para estudiar las sociedades secretas de hombres-leopardo y hombres-cocodrilo de Nigeria.

—¡Hombres-leopardo! —los ojos verdes parecieron achicarse y hacerse más oscuros—. ¿Qué es eso?

—¡Oh! Pertenecen a una religión secreta de caníbales. Se cree que tienen poder para transformarse en leopardos... Rowena estaba preparando un trabajo sobre la licantrópía. La licantrópía es una creencia, extendida entre las tribus primitivas, según la cual ciertos individuos pueden metamorfosearse en animales carnívoros.

—¿De veras? Póngame al corriente.

—En general, se trata de los animales más terribles de la región. En los países nórdicos son los osos, en Amazonia, jaguares, en Europa, lobos, los campesinos franceses de la Edad Media vivieron bajo el terror del hombre-lobo, en África y en Asia son los leopardos o los tigres. Yo no termino de comprender cómo esta superstición ha podido extenderse tanto.

—Es muy interesante —y sonrió oblicuamente, con íntima satisfacción—. Pero, ¿qué le ocurrió a Rowena Mondrick?

—A ella no le gusta hablar de eso —Barbee bajó la voz por miedo a que le oyera la ciega—. Fue el doctor Mondrick quien me informó de todo el asunto un día, en su despacho, antes de nuestra separación.

—¿Y qué le dijo?

—Estaban acampados en lo más remoto de Nigeria y creo que Rowena buscaba datos que le permitieran compa-